

JUEVES SANTO



Crítica de Semana Santa

Esos templos abiertos a la multitud, el aparato teatral pseudoreligioso, los cantos lúgubres, la oratoria afectada y sensiblería, las ceremonias misteriosas y las imágenes del Crucificado y de su Madre, no faltarían ya, como se creía, en el aniversario del recuerdo del martirio del Justo; aquí galileo inocente nada impo- ta a los que llaman sus sacerdotales, que él no instituyó: fuera de su doctrina vivan dedicados a hacer de su martirio granjería.

Son hoy tales representaciones, en vez de culto de Dios, propaganda impía de la reacción tiránica del poder de la teocracia. He ahí lo que se esconde bajo el artificio religioso y el género que se expone con el marchamo de conmemoración del sacrificio de un pensador.

Cada Iglesia es un foco de conjura contra la libertad y la ilustración de los hombres; cada púlpito, una cátedra voladora de empujamiento y de servilismo abyecto. El objeto de las ceremonias y de las predicciones: conservar y aumentar en las inteligencias la credulidad que ha de mantener al sacerdocio, que sólo vive de sembrar tinieblas, odios y guerras entre los humanos.

Cuando en el templo se presenta al Cristo a la conmemoración de los concuerpos cuya plenitud él ya no necesita, lo que se quiere es excitar el odio contra los que no piensan al unísono del sacerdote y que éste califica de enemigos del Salvador. La suma enorme de tristezas, de temores y de elementos negativos no se emplea más que para afianzar en los cerebros una religión patológica, pues nació en un caso solo, y éste es su emblema; se quiere robustecer la avaricia en que la sangre derramada —dime, perpetuar la canonización de la venganza por el asesinato y el tormento, me los que necesitan siempre la teocracia cristiana para mantener vivos los fanatismos que un día la hicieron reina del mundo civilizado.

Recuperar esa astro tan pingüe, volver a matar, a atormentar, a quemar los hombres, a oprimirlos, humillarlos y esquelarlos; éste es el fin que persigue la Iglesia Romana, y al que encadena toda esa ostentación viciosa y de sentido y no comprendida por las masas.

pero bastante para mantener supersticiones, errores y extravíos de la mente en los pueblos. Bien es la catedral la Iglesia de preparar el efecto de sus teatralidades de esta semana: en otras cinco anteriores, abundantes en todo género de arides, insidiosos lazos para las conciencias, veneno de los corazones, narcótico de las facultades pensadoras.

Y todo esto, ¡ay!, no lo ignoran los que nos gobiernan, ni las oases directoras, ni la Prensa de todos los matices, ni los sabios.

Diríase que esa dilución púdica de veneno social no entraña gravedad alguna, ni consigue efectos, ni es la causa de la creciente miseria intelectual y moral que padecemos en medio de la Europa culta, que no odia y no escarnea.

Si, puesto que no se alza una sola voz en medio de la sinfonía lúgubre de recuerdos horribles y multitudinarios, que ejecutan Iglesia y multitud ignoras, una voz que grite muy alto: ¡Alerta! ¡Impostura! ¡Blastema contra Dios! ¡Profanación de la persona de un mártir inocente! Pueblo español: te engañan los que explotan, te quieren llevar a la esclavitud, a la miseria y a la muerte; ¡dile que te rediman con la sangre del Justo que unos sacerdotes sacrifican y otros utilizan para su poder.

Ni esa sangre ni otra alguna redime a nadie: los hombres se salvan por la Ciencia, por el Amor, la Justicia y la Libertad, y todo eso es lo que quieren arrebatarte desde los templos del error y del despotismo.

No, no hay quien así hable: se tiene miedo al gobernante, a la mujer y a la rutina. Pero nosotros, que no tenemos a los fantasmas, supliémoslos, como lo permitan nuestras fuerzas, esa voz tan necesaria.

Lo más temible para todo sacerdocio, entiéndase empresa mercantil en nombre de Dios, es la crítica, ejercicio de la razón sobre cuanto existe, suceso y los hombres hacen. A esa no la venos la Iglesia; pudo reducirla al silencio por la fuerza bruta de las persecuciones durante siglos; hoy carece de tanto poder, y tiene que oír a la razón aunque la odie; no le responde porque no tiene respuestas lógicas; se limita a maldecir en su impotencia con ira reconcentrada por ver el período frente al púlpito, el libro humano contra el libro llamado santo.

Esgrímese ese arma de la razón; llego la hora en que los herejes, los ímpios, los blasfemos, tengamos derechos reconocidos, voz y voto en la sociedad, sin que la Iglesia pueda aplicarnos la mordaza que el liberalismo, también blasfemo, ímpio y hereje, le arrebató de las manos; jamás la recuperará por mucho que se esfuerce.

Ya podemos levantar nuestra voz frente a la Iglesia, analizarle sus dogmas y sus ceremonias, descorrer el velo que la cubre y mostrarla desnuda como ella es, manchada de sangre de los hombres que oprimiera.

No es más que una momia sangrienta y repugnante; pero no todos lo saben, y unos la veneran todavía, otros la sufren ciegos, algunos creen que puede hacer, maliciando religión, un poco de bien a las masas.

En estos días, cuando más se esfuerza ella en atraerlos a nosotros, que tanto la conocemos, nos toca por deber proyectar sobre sus enganos el foco luminoso de la razón y la verdad, que disipa todas las tinieblas.

Los curas de «El Radical».

El absurdo eucarístico

¿Quién había de decirle a Jesús el Galileo, en la noche de la Cena, que aquel acto corderal de humanas afecciones tiempo adelante lo trocaría la ambición y la avaricia de los hombres en institución de un sacerdocio insaciable y de un rito hueco?

¿Cómo iba a suponer que de aquella mesa harían altar y mostrador de comercio, el más productor del mundo por muchos siglos, y del pan y el vino una milagrería jamás ideada por astucia de sacerdotado?

Hay fenómenos en la Historia cuya realización parece un sueño, porque el hombre, entio es el que menos se da cuenta de la inferioridad de la especie a que pertenece.

Si examinamos los dogmas en que sucesivamente han ido creyendo las generaciones desde que fueron capaces de la idea de una primera o al menos potente y suprahumana causa, nos vemos inclinados a dudar si el hombre será superior a los seres que él llama brutos, y que, sin embargo, viven libres de orser en algo contradictorio a su naturaleza.

Esos seres luchan a veces con sus semejantes a impulsos no más que de necesidades naturales; el hombre, aun viendo satisfechas las suyas, ha llegado a martirizar y matar a otros hombres bajo el imperio de ilusiones que se figuran verdades, aunque no tenía más que abrir los ojos para darse cuenta de que eran imposibles.

Es sorprendente que pueblos como el griego y el romano, los más cultos del mundo en un largo período, los más razonadores, tampoco estuvieran exentos de esa tendencia al error y al absurdo.

Pero más aún extraña al pensador que, después de e os dos pueblos y en el seno de ellos, venida de la nación más vil, sucia y miserable, apareciera una secta que traía el germe de absurdos más grandes, en parte herencia ó copia de otros anteriores, en parte nuevos, y no eran los menores.

No deja de ser curioso rastrear ahora de la historia laberíntica y obscura del cristianismo el desarrollo del dogma que hoy se llama Eucaristía, desde que fué simple cena de amigos en conmemoración de otra, hasta llegar a la categoría de suprema función sacerdotal en los templos y perpetuo milagro el más estúpido.

En tiempo de San Pablo, muerto ya Jesús, todavía era una simple cena conmemorativa; el Apóstol bien claro lo dice. Nada de sacerdocio, ni de sacrificio, ni de consagración, ni de ceremonias, y cuanto a las sutilezas y entelequias de la transubstanciación, ni idea la más remota.

En tiempo de Teodorato, en el del Crisóstomo y San Agustín, ya era la cena un acto que se celebraba en el templo bajo la presidencia del sacerdote: había ya una teocracia; pero el pan y el vino no pasaban de símbolos: Teodoro es terminante. Del símbolo pasan fácilmente las religiones, es decir, los espíritus predispuestos a la credulidad, a creer real lo que es representación. «Hasta cuenta que al tomar el pan y el vino, comes y bebes el cuerpo y la sangre de Jesús», se decía al cristiano; y tanto se hizo esta suposición, que acordó ella por ser formal creencia, mas no dogma todavía.

Bien entrada la Edad Media, la creencia era ya popular, no de los sacerdotes; pero éstos la fomentaron porque habían visto en ella una fuente de riqueza a la vez que de prestigio, ya que convertía al sacerdote en el hombre del milagro, dotado de un poder que no tuvieron los patriarcas de la antigua ley, ni la Virgen María, ni el Bautista, ni los ángeles, ni los rayos de la Tierra: el de hacer descender a Dios desde el empuje a sus manos.

Pero ya en ellas, ¿cómo estaba? Se vio la necesidad de una teoría filosófica, que, sin excluir el prodigio, le diera razón de ser; y la escolástica, entonces nueva, pero potente, la bastardeada herencia de Aristóteles, oraó esa teoría, no sin trabajo y sin que teólogos como Berengario se la retutaran, cosa muy fácil con la escolástica misma, «que tanto sirve para fabricar verdades como errores», ha dicho Bordas.

Y Cristo, ya presente en el pan y en el vino, lo está con sola su carne en el primero y sola su sangre en el segundo? ¿Permanecía no más que durante la ceremonia y poco después de la deglución, ó continuaba mientras dichos cuerpos sólido y líquido existieran? Los Evangelios nada decían sobre esto. Se debió seguir la opinión primera por mucho tiempo; la segunda vino ya, en el siglo XII, afirmada por la teología escolástica.

Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura, dos rivales, ambos friles, desarrolló la última mano sin temor a refutaciones bien sencillas: el papa lo quería, la teocracia entera estaba interesada, y la Iglesia lo que necesitaba era una teoría, buena ó mala, que, en teniendo, ella la impondría por el hierro y por el fuego, si no le basta la simpleza humana, que es infinita y asombrosa.

En el siglo XIII, con Santo Tomás el ingenioso y su rival el sutilísimo, la teoría estaba hecha; magnífica para tiempos en que a penas había física, el análisis químico no se conocía, la lógica era una pura gimnasia mental entre cristianos, y la razón carecía de sus fuerzas, ahogada por la fuerza, que estaba en manos de la Iglesia. De entonces data la transubstanciación; ya no estaba Cristo en el pan: era éste el que desaparecía convertido su substancia en la del cuerpo vivo de Jesús, siempre entero en la masa y en el líquido, en cada una de las partículas ó gotas que se le disgregaran, en todas las piezas de pan y cálices del mundo, a la vez y entero.

¿Que la lógica, que la matemática hacían evidente que ninguna substancia de pan ó de l que fuere se aniquila ni se muda en otra, y que un sujeto corpóreo no puede estar entero en m u de un lugar? Pero ¿y el milagro? ¡Ah! No, señores teólogos, se les pudo objetar, y no se hizo ni pudo ello hacerse hasta el siglo XVI con el protestantismo; señores teólogos: el milagro, el es posible y realizable, no es el absurdo; y absurda es como ser y no ser a un tiempo, ó reunir la luz y las tinieblas, la estancia de un ente corporal completo y vivo en muchos lugares simultáneamente.

Otras cuestiones no menos arduas surgieron. Era lógico; pero la Iglesia contestó con evasivas pueriles, con embrollos de dialéctica e interpretaciones monstruosas de los textos evangélicos, apoyada siempre en la fuerza, contra los sabios; en la ignorancia y la credulidad de las masas, contra los principios y los poderes.

Hoy, el análisis químico ha venido a evidenciar el imposible eucarístico; la torpeza de la Iglesia, que, si se hubiera contentado con el símbolo, habría obtenido el mismo fruto sin el peligro del mentís tramando que hoy le da la Ciencia con pruebas físicas incuestionables. Al presente, se puede afirmar con absoluta certeza que la creencia en la Eucaristía como la enseñan el catolicismo y el clero griego-ruso, no cabe más que en cerebros de ignorantes de las ciencias naturales.

Es triste sino de todas las religiones caer siempre del lado del mayor absurdo.

José Ferrándiz.

Paganismo evangélico

El Cristo había nacido con el Sol. El Sol había de aparecer cuando muriera el Cristo. El Evangelio dice que en el momento de expirar Jesús, la Tierra se cubrió de tinieblas.

Este fenómeno ya no era la primera vez que entraba en narraciones religiosas de otras creencias anteriores al Cristianismo. El Evangelio fué un plagio burdo. Se escribía lo menos sesenta años después de la muerte de Jesús, para gentes crédulas que no le habían conocido ni estuvieron en el lugar de su muerte.

Según los antiguos, la Naturaleza y la Humanidad estaban íntimamente ligadas, al extremo de sentir cada una las perturbaciones de la otra.

Ya se había dicho que el Sol se eclipsó siete siglos antes de morir Cristo, cuando expiró Rómulo, el fundador de Roma, otro semidiós.

En el momento de morir Budha en la India, el Sol, la Luna, las estrellas y todas las cosas que brillan dejaron de ser visibles. El día de la muerte de Julio César se ocultó desde el medio día el Sol.

Como se ve, los evangelistas imitaban a otros falsarios que antes que ellos relataron embustes parecidos en circunstancias iguales.

Más adelante, otros impostores imitaron a los evangelistas. En la Edad Media se creía —porque alguien lo dejó escrito— que poco antes de morir el emperador de Carlo Magno se obscurecieron el Sol y la Luna.

Se explica esta ficción de los evangelistas: no había de ser su Cristo menos que Budha, que Rómulo y que César, como para los miserables cortesanos de Carlo Magno no había de ser menos su amo que el Cristo; casación de vanidad.

Lo que no presentó jamás fué una demostración de que tales fenómenos celestes hubieran ocurrido cuando y como los evangelistas y demás escritores fantásticos lo consignaron.

Misterios... eucarísticos

«No quiero mezclarme en la controversia: creo con fe cristiana todo cuanto la religión católica y apostólica nos enseña respecto a la Eucaristía, pero sin comprender una sola palabra».

Voltaire.

Así hablaba, amado creyente, aquel ingenuo memorable y sutil intelecto que derramó su delicada ironía sobre tantas cosas sagradas é intangibles en su época. No me extraña, pues, que tú también creas, aunque no comprendas, a y ilustres tu fe tienden estos renglones.

La Eucaristía en la religión católica llama dos nombres importantes: es sacramento y es sacrificio el que todos los días ves ofrecido en nuestros altares con el nombre de misa. La Eucaristía no significa siempre dentro de la Iglesia lo que significa ahora: era una ceremonia simbólica, un rito del antiguo rito védico, en que los fieles compartían el pan y el vino: nada pasó más allá de esas cosas, y la sangre humana ni divina, como hoy se habla, no había ido a comerse al dios que adoraba, Olerón, el volvierá hoy al mundo, reedificará este jolico.

La mitad de Europa anatematizó a la otra mitad por la Eucaristía, y corrió la sangre febril del mar Egeo hasta el mar Euxino, durante doscientos años, por una palabra que significa dulce caridad.

Todas las religiones primitivas admitían el sacrificio humano como expiación y acto de homenaje a la divinidad. De esta manera no se libraron ni los judíos, que tanto la exhortan a los paganos en la Biblia apócrifa, mandando a Isaac que lo sacrificara su hijo, y diciendo: «Sacrificárame todo lo que nace el primero entre los hijos de Israel, porque todo es mío». Suavizadas con el tiempo las costumbres, después de los sacrificios de primogénitos que contempló el valle de Jericón, vinieron los resacas por dinero y el sacrificio del cordero.

Más tarde los ritos religiosos antiguos abandonaron el sacrificio de los animales, que habían sustituido a los hombres, por el de figuras simbólicas, que representaban al cuerpo humano, hechas de pastas alimenticias. A esta última fase correspondió el rito védico adoptado por e Cristianismo. Orígenes, Tertuliano y muchos padres de la Iglesia que las enseñaron, no vieron en la comunión ó Eucaristía sino un acto simbólico; en el siglo III, San Clemente de Alejandría afirmaba que las palabras atribuidas a Cristo: «tomad y comed, que éste es mi cuerpo», no debían tomarse más que en sentido figurado. Por eso, después de decirlos, Cristo añadió, según San Juan, VI, 63: «Las palabras que os he dicho son espíritu y vida». Es decir, no deben ser tomadas al pie de la letra.

En el siglo V (483) todavía un papa enseñaba que las especies no cambian de naturaleza después de la consagración. Hasta el siglo VII empieza a ser aceptada la creencia en la presencia real, como consta por el Concilio de Nicea (787). Tal innovación produjo formidables escándalos y protestas. Berengario, obispo de Angers, y el archidiscipulo Berengario a firmar una retractación en la que afirmaba que el cuerpo de Jesucristo es partido por los sacerdotes y distribuido por los dientes de los fieles. Después se estableció que los sacerdotes no dividían ni partían el cuerpo de Cristo, pues todo él estaba en cada una de las partículas de la hostia, y que los fieles no lo trituraban, pues cada fragmento del pan consagrado contenía a todo Cristo. El concilio de Trento, en 1550, fijó en absoluto el dogma de la presencia real y de la transubstanciación, lanzando anatemas contra los que lo rechazaban.

De los cuatro evangelistas, sólo tres hacen mención del reparto del pan y del vino, hecho por Jesús a sus discípulos aludiendo a su cuerpo y sangre; uno de ellos, especifica bien claro que Cristo encargó la renovación de esta cena ó ceremonia como un recuerdo de su memoria; San Juan, que refiere extensamente todo lo que Jesús habló en aquella

cena, y su fervorosa plática, tiernos y hermosos consejos; no dice una sola palabra de la institución de la Eucaristía. ¿Cómo aqué evangelista tan minucioso en todos los detalles de la vida del Salvador pudo dejarse en el olvido hecho tan prodigioso y de tanta transcendencia?

Y aún hay muchos teólogos que conceden que aun cuando por un prodigio especialísimo Jesús hubiera querido aquella noche hacer partícipes de su cuerpo y sangre a sus discípulos, aunque tal prodigio para nada entraba ni influía en el plan de la redención, de ningún modo se puede deducir de los textos evangélicos que tal facultad, la de renovar esta prodigio, se hubiera concedido a los Apóstoles, y mucho menos que éstos pudieran transmitirlo a los futuros sacerdotes del Cristianismo. «Haced esto en memoria mía», como diciendo: «De aquí en adelante, no tenga para vosotros esta cena el significado que le da la ley judaica, sino convertida en un recuerdo de mi estancia entre vosotros y de mi destino».

Al referir la última cena de Cristo existe entre los evangelistas una contradicción bastante grave que no es posible dejar en silencio. Afirman que la cena se celebró el primer día de la fiesta de los panes ázimos, ó sea levadura, como estaba preceptuado en el Exodo, Levítico y los Números, ó sea la víspera de la Pascua; después dicen que Cristo murió a la mañana siguiente al día en que se verificó la cena, tras el proceso que le siguieron los judíos durante aquella noche y mañana, a eso de mediodía y que era la víspera de la Pascua. Si murió la víspera de la Pascua, ¿cómo pudo celebrarse la cena la misma noche de aquella víspera? Y el Cristo murió al medio día de la víspera de Pascua, es indudable, que a pesar de todo lo que afirman los evangelistas no pudo celebrarse la última cena en el día que ellos señalan, y hay que admitir forzadamente que en la fecha de la cena ó de la muerte de Jesús hay un error muy manifiesto y de gran relieve, tratándose de dos hechos tan trascendentales en la vida de Jesús.

Estas y otras dificultades que amontonan sobre esta misteriosa y lógica y la exégesis, son grano de asís si se comparan con las que exhiben la Ciencia, las Matemáticas y la Química. La primera no admite ni milagrosamente que pasasen existir unos accidentes sin la substancia propia que los caracteriza y determina; que un mismo cuerpo concipe simultáneamente muchos y distintos puntos del Espacio; que las moléculas de un mismo cuerpo estén esparcidas por diversos puntos, sin que el cuerpo sufra detrimento ni disminución alguna; analizada químicamente una hostia consagrada, allí no se encuentra carne ni sangre, sólo pan y vino.

Han sido envenenadas hostias que después han sido envenenadas; a pesar de tenerse en cuerpo y sangre de Cristo, el veneno ha quedado allí y ha producido la muerte. ¿Por ser sólo veneno? ¿Por ser envenenado el cuerpo de Cristo? Además, la fisiología nos enseña que al cabo de olerio tiempo nuestros alimentos sustituyen, cambian y reanuevan todo nuestro ser físico; los sacerdotes y personas piadosas que comen y beben diariamente la carne y sangre de Cristo llegarían a ser divinos, celestiales, sin nada material en su ser... ¿Suocó esto? No, Luis XI, al recibir a Dios, envenena a su hermano; el arzobispo de Florencia, dándole la Comunión, y los Pazzi asesinan a los Médicis dentro de la Catedral. Alejandro VI, papa, sale del lecho de una hija bastarda y da la Comunión a otro hijo bastardo, y así ministra los venenos con prodigalidad a los monjes. ¿Para qué seguir? El mundo está lleno de comulgadores, de teólogos, cada día más orates, perversos é infames, a penas de deglutir y digerir todos los días la bondad y santidad sumas.

¿Por qué sucede esto? ¿Misterio! ¡Ah, no! Misterio, es un hecho, una verdad cuya explicación no nos ha dado todavía la Ciencia; ó supura las leyes de nuestra inteligencia actual, pero en los cuales, en los términos ó nociones elementales que lo forman, no vemos ninguna incompatibilidad ni contradicción. Somos como el ciego, que no ve las realidades externas de las cosas, pero sabe que existen, y que no tienen nada de absurdas ni imposibles. ¿Dios lo puede hacer todo? No: Dios, con todo su poder, no podrá hacer jamás que los tres ángulos de un triángulo sean iguales a cuatro ángulos rectos.

Quarto escritor dijo que la encarnación era un descuido para la Divinidad, y que a presencia real anula a la razón humana. Atado por el dogma católico, creemos sin comprender, haciendo en sus aras al sacrificio de nuestra razón, pero no pudiendo ceder al dogma que los discípulos de Jesús: «Duras son estas palabras; ¿quién las puede escuchar?» (San Juan, VI, 60).

Fray Gerundio.

LA LEALTAD (1)

Diálogo entre Judas y el cura de un pueblo

JUDAS.—¿Está el párroco?

CURA.—Servidor. ¿Qué desea?

J.—Vengo a reclamar mi puesto en un al farolito.

C.—¿Cómo?

J.—Soy un apóstol que tiene derecho a culto lo mismo que los demás.

C.—¿Qué eres?

J.—San Judas Isariote.

C.—¡El réprobo! ¡Misericordial

J.—No: no te asustes. Estás en un error los que me exotis del santoral y me supones en el infierno rechinando unos dientes que ya no tengo.

C.—¿Te perdonó Dios con su misericordia infanta?

J.—No sé si me perdonó alguien ni el hay quien me pueda perdonar. Pues desde que quise la tontería de ahorrarme no he vuelto a ver a nadie de mis conocimientos, ni se contré gloria, infierno, limbo ni nada de esas cosas de que mi amigo Jesús me hablaba.

C.—¿Tratas con esa familiaridad al Divin Maestro?

J.—No ves que nos hemos criado juntos?

C.—Pero su divinidad...

(1) Del libro *La voz de los muertos*, próximo a publicarse por *La Casa Sempere y Compañía* de Valencia.

J. — Eso no reza conmigo ni con los otros. Para adorar lo divino, tenemos que verlo a la distancia, engrandecido por lo ideal, por lo misterio.

C. — No deja de ser una apreciación tuya.

J. — Bien, ¿me das mi altar?

C. — ¡Insistes en crearle santo?

J. — ¡Naturalmente!

C. — ¿Y qué le importa la santidad si dices que después de la muerte no hay nada?

J. — ¡Atreviemos a mi cerebro de hombre, ¡a mi alma! ¿Qué andote como hombre tenemos que abominar de ti, que vendiste a tu Maestro y amigo.

J. — ¿No tienes lógica los hombres?

C. — Sí.

J. — Pues admitiendo vuestro vocabulario y vuestras leyendas, ¿no veis que yo era un instrumento de la divina voluntad?

C. — ¿Qué dices?

J. — El drama del Calvario no era ni más ni menos una de tantas obras teatrales como representáis todos los días. Lo habíamos combinado en el trascurso de los siglos. Era preciso, para que los hombres se redimieran del terrible pecado de busear la sabiduría, que cometieran otro pecado mayor y asesinasen nada menos que al hijo de Dios, quizá porque éste quería castigarnos al mismo de no haber sabido evitar el pecado primitivo.

C. — ¡Blafofanes!

J. — No, Oya. Cada actor tenía asignada su papel desde muy antiguo. A mí me tocó el de traidor. ¿Qué querías que hiciera? ¿Me iba a rebelar contra el autor divino? Tuve que resignarme, y lo único que hice mal fue morir tan en serio.

C. — No sé qué pensar.

J. — Tan sencillo como yo como Padre, que después me iría veces, y lo habéis hecho Suo como hijos.

C. — Tu testimonio de que todo pasó según los Evangelios es interesante.

J. — No; ten en cuenta que yo apenas me acordaba ya de nada. Vosotros habéis arreglado las cosas a vuestro gusto; lo único que hago es admitir como bueno vuestro relato para argumentar con vuestras creencias.

C. — ¡Conciliaste a todos los Apóstoles y a María Magdalena?

J. — Muchas mujeres conocí de ese nombre. Los Apóstoles deben ser los amigos de Jesús. No, no los conocí a todos.

C. — ¡Conciliaste a su madre?

J. — Excelente mujer, que sufrió mucho por las rebeldías del hijo. Fué una buena madre.

C. — ¿Y San José?

J. — Buen hombre, que no era justo reducirle a papel tan secundario. Ya ves si, siendo todos los osantos, tengo derecho a defenderme puesto.

C. — Y aun suponiendo eso, ¿qué advocación podías tener, si ya están todos los pasos ocupados? Hay patronos de todos los lugares y abogados para todas las causas.

J. — Yo sería el que tendría clientela más considerable si me hacéis abogado de los desdichados.

C. — ¿Cómo!

J. — Sí. La traición, tan repugnante como la, reina en la Tierra de modo hipocrita. Será el santo de la devoción de los amantes de ambos sexos; de las mujeres casadas y de los maridos; de los criados y de los gobernadores; de todos los amigos fraternales de los grandes políticos.

C. — ¿Y entonces así fuera, ¿por qué no así quería consagrarse un devoción?

J. — Claro que no, si me llamabais abogado de la traición; pero así, como es usual me dabais el nombre contrario, todo se había salvado.

C. — ¿Cómo habíamos de llamarle?

J. — Abogado de la lealtad.

C. — ¡Habrá un engaño.

J. — El mismo que ya existe en las demás cosas. Todos se enmascararon con aquellos que necesitan para no ser conocidos; de modo que el truhan, se llama honrado; la adúltera, virtuosa; el necio, sabio... etc. Etc. El cambio, el honrado suele pasar por pillo o la fortuna no lo acompaña.

C. — Me asombras.

J. — Así es la vida. Lo peor que hay que ser es sincero. Se perdona al malo y al traidor, pero no a los nuestros; aquel que con su conducta o sus palabras es un contraste de nuestros vicios, hay que combatir y calumniarlo de modo que resulte culpable.

C. — Según eso, los hipócritas son los que maduran.

J. — Así es.

C. — Pero ¿tu falso traidor.

J. — ¡Mi traición ya te he demostrado que es tanta divina que existiese. Cuando Dios manda ser malos, nosotros no tenemos culpa en obedecer.

C. — ¡El habrá por qué lo hace.

J. — Pues poco trabajo le costaría explicarlo. O a lo menos, si necesita valerse de traición, no castigó a los traidores.

C. — Es que, como tú has dicho antes, nosotros tan repugnante como esto.

J. — Pero ¿lo mismo que nada abunda ni abunda tan de cerca.

C. — Bueno; pero, si te quedas aquí, no darás tus reliquias.

J. — ¿Para qué quieres estos pobres huesos escarificados?

C. — Por que todo eso produce dinero. Los devotos, creyendo en los milagros que por tu mediación se obran, nos cubrirán de ofrendas.

J. — ¿Y yo, ¿qué gano con eso?

C. — ¡Signes siendo arso. Ganas que crean en procesión, se te guarden en urnas preciosas, se te honren...

J. — No es poco. Pero ¿y si luego resultara que cada hueso o lo lleváis a un sitio de tanto y armáis peleas por quien los posea?

C. — ¿Qué te importa a ti eso?

J. — ¡No me ha de importar! ¡Acaso creas que me será gran gloria con una urna de esos San Daniel, o con tres cabezas de San Pedro, y cosas por el estilo?

C. — Eso es inevitable.

J. — Pues, entonces, no me conviene el santo. Lo más que puedo regañarte es acordar con que me aborrecas para que hagas escapularios.

C. — ¿Y compraríamos uerdades para el que, aunque en realidad no fueran la misma, la salva.

J. — Pero así me ocurre que los falsos adoradores tienen esta reliquia por infamante.

C. — Eso no importa. Ya ves que la crean, y hemos hecho de ella la enseña que venera todo el mundo cristiano.

J. — Es cierto. Todo es acomodaticio.

C. — La última es que devolvieras las monedas.

J. — ¡Hubieran servido también para las monedas!

C. — ¡Ya lo eres cruel! En punto a monedas, ¡Iglesia no es escrofulosa. Recibe todo el dinero que le dan, ya de creyentes o de herejes, de envidias o de pecadores.

J. — No me parece mal; pero yo, para quearme, ha de ser en el puesto de Pedro y el dinero sea mío y no suyo.

C. — Eso es imposible; lo que más se debe es a ti el dinero.

J. — Pero es que yo tuve papel más importante que el suyo. El no tuvo más que decir a Jesús tres veces, y yo me llevé todo el bajío. ¡Fui de los primeros actores.

C. — ¡Casi el barba. Pero lo hecho ya puede desahucarse.

J. — ¿Y no es una injusticia que él tenga palacios y poderío y yo me vea así?

C. — No es envidia, porque a la vuelta algunos años todo el mundo se reirá de tan ridulas como yo a Pedro y al vándalo de tan justa como yo a Pedro al altar. Es debíamos aprovechar el poco tiempo que queda.

Además las tal vez sea conveniente, por
para las gentes son tan necias que se cansan de
lo que tienen y se apasionan de lo que
desaparece. Puside que entonces les da por
sobornar de menos. ¿No vas lo que sucede
en el paganismo? Siempre andan á vueltas
los pectas con Diana y Apolo.

J.—Esas que los dioses paganos tenían he-
chos para servir de ejemplos al Arte. Eran
hermosos y humanos; pero qué podía ha-
bernos de tener unos cuantos pobretones plebe-
jos, que ni siquiera nos lavábamos en las
orillas del Tiberiades?

O.—De eso mismo hemos hecho vuestro
mérito. El Cristianismo ensalzó la pobreza,
la castidad y la perquería.

J.—Eso sedijo lo de los esclavos, porque
después vino de sus amos, haciendo
que éstos disfrutaran una miseria; pero ya
el ínfimo es otro. En vez de la pobreza para
todos, la Humanidad aspira al bienestar ge-
neral.

Van aprendiendo demasiado.

O.—Ahora nada crees que el cuerpo es un
enemigo, y no se entrega á los ayunos y las
maquerasías.

J.—¿Por qué no los das ejemplo?

O.—Harto hacemos con predicarlo sabien-
do que no nos creen. ¿Para qué íbamos á
imponernos el sufrimiento, si somos los pri-
meros en no creer en él?

J.—Tendrás razón, no lo niego. Hoy los hu-
manos no quieren nada que se oponga á la
Naturaleza. Por eso mismo venia yo á bus-
carte.

O.—¿Ósmol

J.—Porque nada hay tan natural como
esas pasiones y egoísmos que nos incitan á
huir nuestro bien, y á las cuales llamáis
trasción.

O.—De eso no me convences. La trasción
debe desaparecer.

J.—Tal vez llegue un día en que desapara-
zca.

O.—¿Cuándo será eso?

J.—El día en que haya desaparecido
vosotros con vuestros despojalos y mantí-
ras y los hombres de corazón puro pueblen
la Tierra.

O.—Eso me parece un absurdo.

J.—¿Y hay abando mayor que el que du-
ranta tantos siglos nos ha hecho agnataros?

O.—Vete. Eres un demonio que has veni-
do á tentarme.

J.—¿Crees más fácilmente en que existan
demonios que en que los hombres puedan
ser buenos?

O.—Yo no debo discutir; debo creer.

J.—¿De qué te sirve la razón?

O.—Para defender mis creencias.

J.—Pero por qué crees?

O.—Por la fe.

J.—¿En qué la basas?

O.—En nada; la fe no discute.

J.—¿Vas á ser virtuoso por ciegos. ¿O lle-
nas otro argumento mejor?

O.—No.

J.—Entonces ta dejo.

O.—Ya disgustado porque ves lo que nos
ha producido ese drama, y sientes no ser de
los empresarios ó catás arrependido de no
exigir más dinero por la trasción. ¿Verdad?

J.—Al contrario. Pienso que no fái tan ne-
cesario como me creía en mi papel de tes-
tamento, porque al principio de vuestro ma-
había, según con ventaja; y reconocí que
los escribas y fariseos mas pagaron demasi-
do caro.

No, señor, no creo nada. Supongo además toda una realidad imaginable, ¡y ya es componer en estos tiempos, de lo contado como el lobo; pero dejará de ser innovador, inmoral y absurdo el mendigar y uno se sacará la cabeza de gala, ostentando lujo y brillantes si que perdidosen?

—¡Buenha...! eoi

—Inmoral, sí, porque se prohíbe al indigente pedir limosna para él en la puerta del templo mismo, en cuyo recinto se hallan mendigando señoras espléndidamente ataviadas. Porque dentro de la iglesia, al lado de las mesas de la Beneficencia oficial, está la de peticiones para los pobres de la parroquia, ¿por qué favor no hay praxatento oficial vigente, y alguna otra por cuenta de tal o cual institución de iniciativa particular, y necesariamente con otra candidez tienen que enfier la competencia con la oficial,

—Inagable.

—Hay más y grave. Una de dos: ó los recursos presupuestados y otros de dichas Corporaciones bastan ó no bastan. Si lo primero, ¿para qué pedir limosna? Si lo segundo, ¿no hay medio más honroso; por ejemplo, una administración acertada y escrupulosa? La inventiva oficial, ¿no concuerda más expediente que el bochornoso pordiosero?

—Realmente, habría que pensar en eso.

—Y en esto otro: que el pedir y el recoger dinero eventual del público se presta á algunos sospechas. Ese contingente que nadie quiere hasta después de consumado, que pasa por varias manos, que á nadie se le comunica oficialmente ni fué mucho ó poco y en qué se invierte, ¿quién me dice que llega todo á su destino, y si llega, que se invierte con la probidad que es indispensable? ¡Pedir limosna el elemento oficial, dueño de todo y que á todos por tantos malos nos estroja! Es preciso que se hayan perdido por completo las ideas de la utilidad y de la justicia.

—Ni sea las ve por ninguna parte; lo reconozco.

—Parecerá que al gobernador alaja á los pobres mendigos de las inmediaciones de las iglesias no se procuró atender á las quejas del público, sino evitarles la competencia á los mendigos ricos del interior, que piden para la Diputación y para el Ayuntamiento.

—¿Han aparecido estas cosas!

—Hay que sacarles sus naturales consecuencias. Esa mendicidad nos da un mal ejemplo y establece un principio. Según éste, si pueden mendigar Diputaciones y Ayuntamientos, ¿por qué no los M^{tes}, los Audiencias, la Policía y otras instituciones? Daría gusto ver en los tem. las mesas con estos éditales; ¡si así se viera! El Ministerio de Hacienda no gobernar el Juzgado d. l. Hospital? ¡Pobrecitos miembros del Consejo de Estado!

—¡Mal jial!

—Ríase cuanto quiera; pero pruébenme que no hablo con lógica. Se critica la avaricia de la Iglesia, y aún no ha visto yo en las parroquias un petitorio para la Fábrica, realmente necesitada, ó para los párrocos pobres: ¿quienlo?

—No, seguramente.

—Pues se censuraría al obispo y á los párrocos y rectores de las iglesias si, en uso de su derecho, negaran la colocación de esos petitorios; la censura sería injusta, sin embargo.

—¿Qué quiere usted? Unos llevan la fama...

—Y otros la merecen lo mismo; pero la necesidad pública no sabe juzgarlos. Un nuevo Juicio arbitral debería vacar á muchos casos de esta índole. En parte escamorea, con ellos haría salir á los latidos, no menos avariciosos é inmorales.

—Mucho que sí. La verdad: se me ha clavado en el cerebro esta idea de usted; ¿qué empleo dan á ese dinero de la mendicidad oficial? ¿Por qué no rinden cuentas al público en la Prensa? Por qué no admiten intervención de nadie. En parte escamorea, con ellos haría salir á los latidos, no menos avariciosos é inmorales.

—Examiné este diálogo parado en mi presencia; se me quedó muy tiño, y como lo aprendí lo casaco, vaya por lo que valiere.

El Padre Franco.

Soneto antiguo de doble actualidad

Por Cristo y por otro
mártir moderno

Firma Pilatos la que juzga ajena
sentencia, y es su firma: ¡Oh, caso fuerte!
¿Quién creará que sirviendo ajena muerte
el mismo Juez en ella se condena?

La ambición de sí tanto le enseña,
que con el vil temor ciega los adrieros;
que carga sobre sí la infesta suerte
quien al Justo sentencia á injusta pena.

Jueces del mundo contened la mano;
aún no firméis; mirad si son vuestras
las leyes que os rigen, y si os valen
las sentencias mover del odio infernal.

Examinad primero las conciencias;
mirad no haga el Juez recto y soberano
que en la ajena firmeis vuestras sentencias.

Sor JUANNA INÉS DE LA Cruz.

JESÚS FICTICIO

Lo es todo de todos y no es nada.

Como en el orden artificial, también en el orden natural resultaron tantas formas de Cristo cuantas son las instituciones y tendencias cristianas. El Cristo de la Inquisición es el hombre destinado, de ojo político, de entendimiento varado y acastado á destruir. Un gran ejército de cristianos ha creído imitar á Cristo; fisonomizadamente malignamente las palabras, obras é intenciones ajenas, asestando forzemente y entregándose á todas las injurias del odio exterminador.

Para éstos, Cristo es el María y el Valero no fulminando frías, tirando mandamientos, vomitando muertes y maldiciones.

Significativo es el Cristo cuando, levantado en el fondo, que va al obrario retro á imaginar sus planes, se presenta al público ocultando sus intenciones, toma apariciones de varón grave y escrupuloso, y se esfuerza en la política del mundo, de la intriga, de la revelata, de los medios indirectos, de las sugestiones impalpables y de las seducciones femeniles: casto é insinuante.

Viene en seguida el Cristo Intañado, vanidoso, coquetón y afeminado del fraile, tipo gazarboñero, todo compunción. Otros religiosos lo ofrecen con aspecto de jansterdad patrañalita, cuya principal habilidad esté en el cruzamiento de brazos, en el torcimiento del cuello, en la caída de ojos y en el aire de contrición mansa.

Hay también el Cristo Pastoral, el Prelado al que el Cristo tiene todo en vista en el porte majestuoso, en la rigidez fisonómica, en la gravedad asnal y en la palmonia de los desmanes. Es Júpiter y Apolo; es también un poco César Augusto.

La locura cristiana ha criado tipos ímicos extravagantes y ridículos. Para imitar á Cristo, el uno huye de la sociedad y va desierto á comer hierbas, á imitarse de los boates; el otro se encierra en un convento y se despelleja como loco furioso; otro se empeña en no comer, ni beber, ni curar las enfermedades; otro masculla como máquina vestigiosa, rezos y oraciones; oí la toma por la eterna charlatanería y por fárrago retórico...

¿Quién sería capaz de enumerar y clasificar

son vivientes? ¿Qué relación tienen con la calidad moral que intentan tratar?

Pero si bajamos al pueblo fil! halláramos variados muchos más raras y más dolorosas. El pedásemos analizar el «porqué» y el «efectivo» del Cristianismo de muchos sujetos, nos sorprendería encontrar, como razón suprema de una religión, instintos los más bajos é inmorales.

El que es o se era víctima social, es cristiano por espíritu de venganza. El sufre mientras otros gozan; la fe le asegura un cielo para él; y si tallero para otros; esa fe es la satisfacción de su venganza, de que imaginariamente goza ya así en esta vida.

El avaro, explotador del prójimo, es cristiano porque la religión así le permite acumular riquezas; su fama de beato le atrae la confianza de las gentes; Dios le perdona á trueque de un tanto por ciento.

El disoluto y perverso tiene una razón suprema para ser religioso: la Religión es muy buena; todos los delitos perdona con sólo confesarlos en la hora de la muerte. El criminal está, pues, tranquilo con llevar el inventario y dar su nombre á la Compañía. Dios es impotente para castigarle.

En resumen: Orlsto, para estas o aces finímas, es un tallamán que resguarda del rayo la casa y en Bolo que domina las tormentas al to la fabrica el agricultor. Para el ganadero es un albitar y un ángel guardián de sus reses; para la soltera es un agente de matrimonios; para la madre es un tutor de los hijos; para el miserable es una providencia para el comerciante es un baratero fácil de contentar; para el débil y cobarde es un guapo dispuesto á defenderle; para la víctima es el vengador implacable; para el olero es un asilo de laudandia; para el fralde es un autor dramático; para el ciego es un gigante de procección; para el inquisidor es un monstruo antropófago de hambre insaciable.

Así ha quedado Cristo convertido en símbolo de todas las inclinaciones, gustos y conceptos de la vida. Esa misma universalidad es su destrucción. Ninguna persona pueda ser o todo: el que lo es todo no es nadie, no es nada: una catelequia, una ficción del siglo, que otra vez, y esé, por lo visto para siempre, en el reinado de Alfonso XII.

Realmente, era una molestia muy grande para el monarca y su familia; para la corte, para la guarnición, para las cinco iglesias visitadas, cuyo olero tenía que andar de cabaza, y para mucha más gente.

Bien surp mda está esa chinchero: sería inútil, puesto que si el monarca es devoto con visitar cinco veces, sin moverse de palacio, su real capilla, obtiene el mismo fruto espiritual y no molestia á nadie.

Pero es curioso recordar algunas visitas rogias, de las últimas, por su puesto; sería largo hablar de todas las que obtuvieron lugar en las órdenes cortesanas.

Carlos III, en 16 de Marzo de 1769, dió un decreto sobre la visita rogia á los Sagrarios. En él marcaba la carrera, que luego se varió bastantes veces, según las conveniencias palaciegas y las iglesias eclesias.

La carrera decretada por Carlos III fué la siguiente: desde el palacio del Rastro, donde vivían los monarcas, por la Carrera de San Jerónimo, á la Iglesia de Italianos (según á la calle del Sordo); por la calle del Baño (Ventura de la Vega hoy), á la del Prado, á la de León, á la de Lope de Vega, Iglesia de Jesús, plaza de su nombre, por la calle de San Agustín, á la Iglesia de Capuchinos (frente al Congreso de ahora), y vuelta al Rastro.

En 1821 Fernando VII ordenaba al gobernador de Madrid, marqués de Cerralbo, que ostentaba el título de *gobernador superior*, años más tarde usado entre la rancha universal por un gobernadorcillo..., «Guadalajara, llamado Nido y Segalerra, que á las

Segismundo Pey Ordeix.

Visitas rogias á los Sagrarios

RECUERDOS DE AÑAÑO

Dicen que ha diého un historiador naó, que leyó en otro católico, que había leído en otro muy antiguo, el cual dijo que le habían contado, siendo niño así de teta, que dem los primeros siglos del Cristianismo se hacía la visita á los Sagrarios en Romana Santa.

Eso debe ser mentira. En el primer siglo, en el segundo y en el tercero, desde luego se puede asegurar que no había tal visita. De allí en adelante, es cosa muy difícil de averiguar. En la Edad Media, desde el siglo VII, ya es otra cosa, principalmente en el declinamono, etc.

Aún se conservan antiguas Ordenanzas de villas y ciudades que tratan de la forma de ser visitados los hoy llamados monumentos por los Municipios y otras autoridades.

Hay quien dice, y debe ser mentira también, que desde Recaredo el apóstata y tirano de los pobres jaidos, no se ha interrumpido en España la costumbre de que los reyes visiten los Sagrarios en Juaves Santo hasta «Papa Botellas», José I, el hermano de Napoleón. Después se interrumpió en la visita, que otra vez, y esé, por lo visto para siempre, en el reinado de Alfonso XII.

Realmente, era una molestia muy grande para el monarca y su familia; para la corte, para la guarnición, para las cinco iglesias visitadas, cuyo olero tenía que andar de cabaza, y para mucha más gente.

Bien surp mda está esa chinchero: sería inútil, puesto que si el monarca es devoto con visitar cinco veces, sin moverse de palacio, su real capilla, obtiene el mismo fruto espiritual y no molestia á nadie.


Pero es curioso recordar algunas visitas rogias, de las últimas, por su puesto; sería largo hablar de todas las que obtuvieron lugar en las órdenes cortesanas.

Carlos III, en 16 de Marzo de 1769, dió un decreto sobre la visita rogia á los Sagrarios. En él marcaba la carrera, que luego se varió bastantes veces, según las conveniencias palaciegas y las iglesias eclesias.

La carrera decretada por Carlos III fué la siguiente: desde el palacio del Rastro, donde vivían los monarcas, por la Carrera de San Jerónimo, á la Iglesia de Italianos (según á la calle del Sordo); por la calle del Baño (Ventura de la Vega hoy), á la del Prado, á la de León, á la de Lope de Vega, Iglesia de Jesús, plaza de su nombre, por la calle de San Agustín, á la Iglesia de Capuchinos (frente al Congreso de ahora), y vuelta al Rastro.

En 1821 Fernando VII ordenaba al gobernador de Madrid, marqués de Cerralbo, que ostentaba el título de *gobernador superior*, años más tarde usado entre la rancha universal por un gobernadorcillo..., «Guadalajara, llamado Nido y Segalerra, que á las

UNA F



CRISTO.—Vaya una manera
EL CRISTO.—Señor, en vues

trato y más de la tarde lo tuvieron con-
dennado para la visita regia á los man-
tenidos el jueves Santo, 19 de Abril en
aquel año. Iba el rey á visitar con su corte,
á pié ó en silla de manos, las iglesias de San-
ta María, calle Mayor; monjas de Constan-
tínopla, calle de Alcalá (hoy no existe esta
iglesia); Santa Cruz, calle de Atocha; Santo
Tomás, en la misma, frente á Santa Cruz;
San Felipe Neri, calle del Arzobispo; Santiago,
y vuelta á Palacio.

El marqués gobernador todo lo preparó,
principalmente mucha tropa, mucha policía
y mucho realista secretamente armado:
había miedo. Pero el rey se acordó á últi-
ma hora, se hizo el enfermo y todo quedó
en disposiciones; menos mal.

La última visita á los Sagrarios hecha por
Isabel II fué en 1867, á 17 de Abril, bajo el
mando, también último, de Narváez.

Acompañaban á la reina su esposo, don
Francisco; su hijo D. Alfonso, que tenía en-
tonces nueve años, más tarde Alfonso XII;
la infanta Isabel, aún soltera, y un príncipe
llamado Adalberto, Dethrá, la *dorada cavali-
ta*, como se decía entonces, de cortasanas, mi-
nistros, autoridades y demás mandones y
chacapópteros de ambos sexos. Omató sillón
de manos enraban el cortejo. El futuro Al-
fonso XII vestía uniforme de sargento de
Artillería.

La carrera era ya corta; se visitaban las
cinco iglesias siguientes: la Encarnación,
Santiago, Santa María, las Descalzas Reales
y San Ginés, todas muy cercanas á Palacio.

La última visita de éstas fué la de Al-
fonso XII, en 10 de Abril de 1884, vestido de
capitán general, con el Toisón y varias cru-
ces; le acompañaban la reina, doña Cristina;
las infantas Isabel y Eufemia, con vestidos y
mantos de terciopelo azul; la infanta Paz, de
blanco y manto rojo; mayordomos eclesiás-
ticos las colas de los mantos á las cuatro
damaas.

Seguía la corte, que desfilaba un lujo
espléndido. Los alfonsinos, hambrientos al
cabo de siete años de destierro de la Dina-
stía, llevaban á la cabeza de Restauración
y habían asparado, no importa cómo,
riqueza bastante para esos alardes.

Un detalle de corte anterior á la visita es-
ta. El mismo día, acabada la ceremonia pa-
latina del Lavatorio, al servir, como de co-
sumbre, los reyes la comida á los pobres, la
reina dejó oír con sus manos un plato lleno
de arroz y congreo (éste es un pez muy pa-
ladable) al tiempo de ir á ponerlo sobre la
mesa; lo había tomado de manos de la con-
dessa de Guasqui. Manchosa en los vestidos,
estupefacta y... risa general cuando los
dorados mayordomos vieron que la reina
y el rey soltaban francamente la carcajada:
un buen cortisano jamás se ríe, ni llora, si
no lo da su amo la señal.

Este incidente se comentaba por todos los
de Palacio durante la visita á los Sagrarios,
que ya no ha vuelto á repetirse, ni malidita la
falta que ha hecho.

Condesa de Montescuro
(Bachtera honoraria).

**Cristó desconoce su templo
y huye de él**

«—No —dijo—, no me encuentro bien
aquí; no conozco esta casa que decís ser
mía. Mi casa es pobre, porque mi reino no
es de este mundo, y sólo es rica porque está
frente a mí. Todo este oro debió de ser pan
de los menestrosos y alfareros, los aligidos
antes que entrar de este mundo mías.»

Extendió la diestra hacia las puertas del
templo, labradas en costosas maderas, y las
puertas se abrieron silenciosamente. Por el
hacero llegó hasta la calle la luz que de él sa-
lía como un raudal de agua bañada de prou-
to por el Sol.

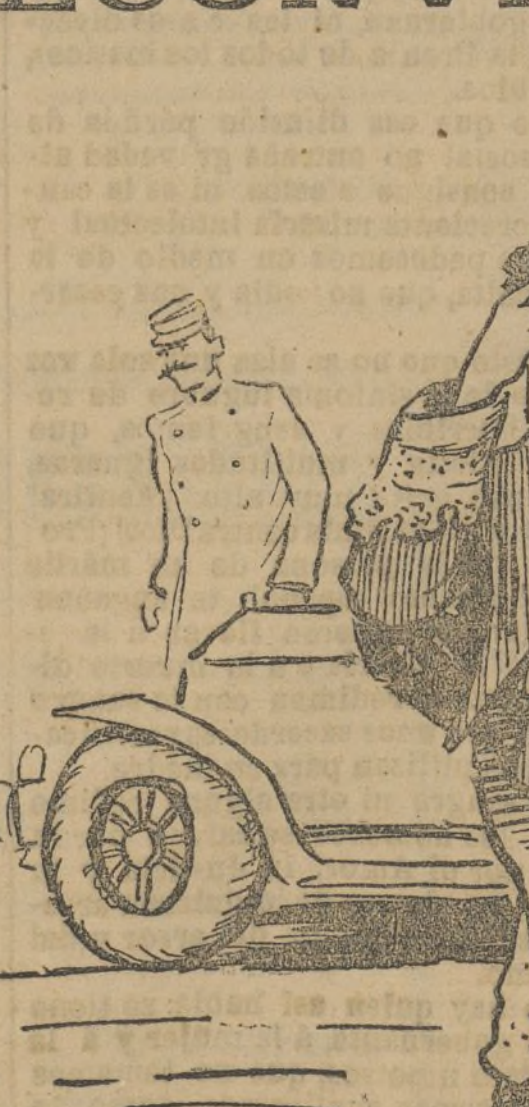
—Me dejás así, Señor? —pregunté asien-
do el extremo de sus tunicas y besándola con
honor.

—Sí —contestó grave y apenado—. Me voy
hacia el Padre con la tristeza de ver que en
veinte siglos de gestación aún no ha germi-
nado mi semilla. Los mercederos que arrojé
de mi templo han vuelto á él, y no para llenar
su atrio con el bullo de sus mercaderías,
sino para hacer mercancías de mi propia do-
ctrina. Me voy porque es difícil que no mata-
ra, y seguis matando; que no odiares, y
odando seguis; que facéis misericordiosos
y habéis enredado vuestro corazón; que
partéis vuestro pan con el desvalído, y
continuáis planeando, con la codicia del más
fuerie y del más rico, el cuerpo caído del
más pobre. Me habéis olvidado y sólo me te-
néis á flor de labio, no en el fondo y seguro
sustantío de vuestros corazones. Y como no
es esa mi ley, vuelvo así alribá, desconsola-
do y triste porque no tendís redención posi-
ble.

Volvíais á mirar por última vez el templo
dorado, plateado y acicalado, los numerosos
cepillos resonadores de monedas, los cómo-
dos sillones del presbiterio, la pila ba-
tismal de argentados reflejos. Sa erabunda
y melancólica mirada se pasó pensativa en
todo ello, y esbozó luego resignado y lo nio,
atrayendo al estrellado cielo de la noche de
Abril que se veía por el amplio portón, y
echó á andar.

RECONVEN

Höbner



cumplir mis doctrinas de humildad y po-
a época no había cauto; ni se cobraba

¿Queda? se maten los neos?

El forastero católico venido á Madrid en la semana Santa se asombra, se asusta y no puede de su aspección.

Ve que no era la circuncisión de carrañas, que la gente llena las calles en son de fiesta, los jóvenes regiebran á las chicas y ellas lo están deseando y lo agradecen. Contempla el lujo, la alegría y el donaire. Nota que se vende carne públicamente y que... ¡ay quien se la coma, también públicamente. Carradas las tiendas, no más que para la ocasión de los do comercio ocasión de diversiones.

Al buen hombre le han dicho que están aquí los jefes del carlismo y del integrismo, nos pide que se los señalen cuando los veamos entrar en una iglesia ó salir, sobre todo á Vázquez Mella, y á Melanías ó Lamas de Cabañas ó de Obispo, esas que hacen de Noceidad de circuncisión. El infeliz no sabe que esos señores no se hallan en Madrid: están andando; y si se hallaran no tendrían tiempo de ir á las iglesias, donde no los conoce nadie.

También le han dicho que Manera es católico, y Vadillo y La Olvera; y espéral el hombre verlos por ahí con escapolario y sandalias visitando armitas. Le dicen que Manera está andando en el colo de una condesa; el forastero nos mira con cada ojo...

¿Y La Olvera? Pues riéndose por ahí nadará tras las libras ó de los consejos, ó de los electores futuros. Y cuanto á Vadillo, ya se sabe, si puede, se larga y se está en el campo estos días para descansar como le dá a gana fuera de las miradas de impopulares.

Lo mismo hacen todos esos grandes católicos... largarse lujando de la Seman Santa sus penitencias, sus pescados, sus tasteros.

El nuestro no nos ora; luego se conviene, y exclama:

—¡Qué Babilonia, qué Babilonia!

Por supuesto, que no sabe dónde estuvo esa ciudad, ni el tiempo que hace que pulieron en ella la luz eléctrica y los bandos contra la blasfemia: *Beati inocentes*.

Modernos fabricantes de Cristos

— Ustedes, los racionales fariseos, siempre han sido propensos á fabricar mártires y semidioses. En cuanto un sujeto les estorba, porque les parece que influye en la multitud, á matarlo, y así de un pobre hombre que de tal no habría pasado, al consiguiente gran cosa contra ustedes, van y me hacen un héroe, cuya memoria casa luego más efecto y por mucho mayor tiempo que si le hubieran dejado libre en su propaganda.

—Según eso, ¿hemos de consentir que se conserve todo el que quiera los fundamentos de la sociedad?

—¡Qué candidez! Esas cimientos no los puede minar absolutamente nadie. Lo que ustedes temen es que les puedan comprometer sus intereses del momento. Otro error puesto que toda propaganda, si enaja, de ella destruye mucho después de muertos cuando están cumplido treinta años al tiempo de hacerse, y después de mí...

—¡Yah; ¡y nuestros hijos?

—¡Error también. Las ideas nuevas no destruyen; transforman; pero la sociedad continúa. El conservador maurista de hoy vive de la obra revolucionaria y maldita de aquellos liberales del año 12 y del 23, á los que asesinaban los realistas á título de futuros destructores de la Humanidad. Los que esa misma nota llevan ahora, ó no crean nada, ó sobre sus ideas, por disidentes que parezcan, se fundará una sociedad viable y aceptable: es ley de la vida.

—¿Y nosotros, los conservadores, por no consensuar, hacemos el bruto?

—¡Sí, señor: tocando el violón á dos manos; qué le parece á usted que habría pasado si los fariseos no hacen matar á Jesús ó á otro como éste?

—Habría destruido aquel orden social.

—¡Dale! No, señor: eso le estaba reservado á Tito y á Vespasiano, muy conservadores; ya usted ve, monarcas y nada ideológicos; y lo mismo lo realizaran con la doctrina del Cristo divulgada que sin ella.

—¿Qué habría usted hecho?

—Dejar á Jesús tranquilo, no darle importancia y por bajo de cuerda procurar con los mil medios del poder que se casara con la Magdalena ó con otra. A los dos años, el peligroso perturbador habría sido un judío intelectual como otros muchos, muy pronto olvidado, y no sufriríamos la plaga del cristianismo, religión positiva.


—Ya salió el tiempo.

—Hablando con un fariseo atávico y ciego. Siglan, siglan fabricando Cristos, labor más peligrosa y necia hoy que ayer; ello ha de costarles muy caro...

EL RADICAL en Portugal

Hallase á la venta nuestro periódico, en LISBOA, en la Tabacaria Monaco, praça Dom Pedro, 21, y en OPORTO, en la praça Dom Pedro, quiosco de Sebastião V. Magalhães.

ENCION



¡oroza!

la lista civil...

SERMONES DE MANDATO



En la Real Capilla

D. Pedro Janer Claramunt.

Sabido de Palacio la amplia escalinata (después de una espera de una hora y media) para el gran Domingo de la Real Capilla, tuvo a bien hacernos guardar ante la puerta, me da un susto que me encoge el alma un gran golpe dado con una alabarda que salda el caso de una dama escuálida, esto en la capilla que está, rebosada, llena de soldados de todas las armas; una dama joven y una vieja dama rezan los oficios murmurando así el alma...

La vieja dormía, la joven, que es guapa, a la del capullo la enseña una carta; papel perfumado que muy pronto pasa a manos de un húsar que en la puerta aguarda.

Angustio silencio... Todo allí está en calma... Dan las tres y cuarto, se abre una ventana, y aparece un pajarito, (nuevo en esta plaza) fuerte como un roble, rojo como un fisco, con los bellos húmedos y la cerviz ancha.

Vino, según unos, de Guadalupe; de Heilín, según otros, según todos de Avila, y vino exultante con buena contraluz, pues dicen que sabe dar gusto a las damas, por que el tal curita gorjea cuando habla.

El sermón empieza con voz suave y clara, meita dos latines, res oíste muy mal... y al cabo el exordio resulta una lata!

Lugares comunes, sentencias baratas, frases de mal gusto, imágenes falsas, y tropos de tópos y neologismos; he aquí lo que dijo el buen padre de almas, que dicen que sabe dar gusto a las damas, que dicen que vino de Guadalupe; y por las palabras, a mí me parecen que vino de Babil.

Mingo Revulgo.

Descalzas Reales

Queido Ferrándiz: En su sermón de Mandato a los redactores de EL RADICAL, ha dado una noticia que me ha parecido muy interesante. Dice que la Real Capilla, que es la plaza del mismo nombre (Monte de Piedad), sermón a cargo de Mariano López Almonacid, no le concuerda. Yo no sabía dónde estaban las Descalzas Reales, pero con el Monte de Piedad por orientación he ido más derecho que una flecha.

No tenía más remedio que ir, porque así es como se conoce el Almonacid del sermón y yo no sabía ni media palabra del Mandato. Después de ir ignorando todo, porque el señor López Almonacid no se ha dignado entrar en el asunto, pero no he perdido el viaje porque he visto unos tapices como tal vez no los haya en parte alguna. Estas monjas podrán estar descalzas, pero bien merecen lo de reales por los tapices que guardan.

El Monte de Piedad podría darles para zapatos y quedarse con los tapices. ¡Van descalzas porque quieren!

Pasado que no lo conoce usted, voy a tener el gusto de presentarle a este predicador. El Sr. Almonacid no es muy alto, ni muy bajo; pero así de buen año, como suelen estar usados todos los curas, hasta los renegados. Su cara mostraba la de aspecto de congozón. Salí de la sacristía acompañado de

dos acólitos que le llevaban al púlpito y aparecieron en la sacristía algunos sacerdotes. Babilónicas palabras que no pude oír, y se produjo un revuelo entre los feligreses. No sé qué les decía. Después se hizo la obsecuencia en el templo, donde había poco público y donde representaban al bello sexo hasta una veintena de señoras de edad avanzada y no más de dos jóvenes y hermosas.

Y empezó Almonacid en disertación sobre el Mandato. Habla con afectada facilidad. Es de los que se embustellan los sermones. Su dicción es clara; vocaliza y acentúa bien. Nos habla del Cántico de los cantos, y entre otras cosas que hemos olvidado recordar esta que no olvidará tan pronto:

«Al—en el Cántico de los cantos hizo en testamento, donados a todos por herederos de una fortuna famosa.»

Usted, que sabe cosas de estas, amigo Ferrándiz, ¿quiere usted decirme quién viene actuando de albacea testamentario de Cristo? Tengo necesidad de elevar hasta él un recurso de queja. Antes del testamento del Cántico estaba la propiedad muy mal repartida; pero después está mejor.

Es necesario saber quién es ese albacea que tan mal lo está haciendo.

Se ocupó después del Mandato que dejó a la Iglesia, y prometió examinar detenidamente el asunto para ver si la Iglesia cumplía bien ese mandato. Esto produjo la natural expectación; pero pronto quedó defraudada. Se fue por los cerros del Gólgota, arremetiendo contra los filósofos anticatólicos.

¿Qué prometían esos filósofos? La dicha. ¿Qué es la dicha? La dicha es hermosura, es fama, es fortuna. ¿Ve usted, querido Ferrándiz, cómo parece que tiene algo dentro el Sr. Almonacid?

De memoria, perfectamente aprendido, un párrafo sobre la fortuna, otro sobre la fama, otro sobre la hermosura.

Para desmentar esta última pifia, se ha encorvado con las dos jóvenes a que antes me he referido.

Las dos lucen la clásica mantilla, con golpes de flores rojas; las dos son hermosas. Sus mejillas se han sonrojado por la alusión del predicador. Conmovidas sacaban la hermosa es pasajera, flor de un día, algo tan despreciable que no puede constituir la vida. ¡La vida es tan efímera, que podemos compararla con un día bonancible. ¿Qué dura? Nada. El negro manto de la noche apaga los resplandores del sol. Las jóvenes de referencia dan media vuelta, hacen un mohín de desprecio y salen.

Yo consulto mi reloj. Veo que no llegan estas señoras al tiempo anunciado. ¿Almonacid y algo también del templo.

Ha llegado, que oímos al de las Siete Palabras; por ahora, ni una palabra más.

Villanueva.

JUERGA CLERICAL

En el circo de San Andrés

Momentos antes de dar comienzo el espectáculo sacro, el circo de San Andrés se encuentra completamente lleno.

Orientes de bastos con estas apereguinadas y color de cara se muestran impacientes y sobresaltados esperando a que en la arena el conocido marrojo, padre de sus almas y semental acreditado, que allí en la dehesa con el nombre de Mariano Benedito. De vez en cuando, un olor pestilente y desagradable que se extiende por tendidos y gradas como bandido incógnito, pone de manifiesto la fidelidad de una especie de especias depositadas en estómagos vacíos para honra y gloria de nuestro querido Redentor.

Son las tres y media. Una señora entusiasmada, con los pelos en guerrilla y manos sucias, avanza hasta el chiquero, hace una señal a un «mono sabio», corre ésta, y momentos después queda sin pilones.

«Benedito», berrando en negro, gordo como un cerdo en la plaza de la Obediencia, corralanciano, con el arma derecha estropeada.

Este último dato lo debo a una vieja vecina mía.

De primera, y sin darnos tiempo a la defensa, arremete contra nosotros pecadores, y en forma de varietal nos endilga unas cuantas variaciones que ya conocíamos, pero no ser esta la primera vez que en circunstancias semejantes, y a ciencia y conciencia de nuestro obispo, tenemos que luchar con «Benedito». Se ha corrido ya demasiadas fiestas en esta Plaza.

El mismo efecto que unas banderillas de fuego ocasionan al berrendo nuestras impiedades, «Benedito», y nada más que nosotros, las causas del crimen perpetrado en la persona de Cristo: somos unos infames... mejor dicho: a nosotros nos queda el regañito que heredamos de nuestros antepasados. Porque hoy, gracias a la marcha de la Humanidad, que se mueve a impulsos de un ser invisible únicamente, sin hacer caso de otras doctrinas que las que Cristo legó a la posteridad, el Cristianismo se ha volado en las chozas y palacios, en la red del pecador, y en los hábitos impudicos: ¡olé, ¡olé, ¡olé! Y cómo no, siendo el Redentor tan modesto? Sin el menor inconveniente, y sin tener en cuenta los más elementales deberes de la higiene, lavó los pies a sus discípulos, y este sencillo detalle fue suficiente para atraer nuestras simpatías y agradecimiento. Homos alto malos, muy malos; pero en lo sucesivo seremos buenos. ¿Que no?

Pasos... seguir, seguir así, añadió, ¡llegando a las puertas de la gloria, y no habrá salvación para vuestras almas purgatorias! ¡plmplos, ¡desgraciados!

No pude oír más. Las lágrimas asomaron a mis ojos, y lleno de plácidos arrepentimiento, me encaminé a la Redacción para dar cuenta a nuestros lectores de la primera parte de la vida de «Benedito», dejando gustosísimo de presenciar el golleteo de que ha de ser víctima el mogón, quedando a la boca abandonado de las pocas toreras que aún permanecen en el ruedo cuando nosotros lo abandonamos. No hay quien pueda con este tipo.

—Risicas.



En la Catedral

Oración (h) del canónigo Sr. Andía.

Es el hombre un arcángel incorregible, con un timbre de voz algo indigesto. Hallar otro más negro es imposible: tiene un tono pedante muy molesto. Comienza su sermón de mala gana, sin cuidar el concepto ni el estilo; mas, cuando habla de Cristo, se encoquina y gime como gime el cocodrilo.

En el exordio, con su hablar pausado, nos dice que va a abrir su corazón. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los cielos... Me parece que el remedio, si lo hay, está previsto. ¡Re... longinos! El marmol del estrado va a ser marmol, ¡oh, Dios, de desolación.

—Ved—dice—el lavatorio se acerca; lava los pies al Dios omnipotente a todos, signo de humildad divina... (es señal de limpieza solamente).

No habla de la cruz, suplico ¡indiano—indiano, si gustáis, señor Andía—y en seguida nos cuenta un cuento chino de César y un esclavo que tenía.

Dice que el mundo—pobre de él—padece un mal cuyo remedio está previsto por el Dios de los

TRAJES A 2,50 pts. SEMANALES

Jacometrezo, 47, pral.
SASTRERIA MODERNISTA

GRAN FABRICA DE SOMBREROS Y GORRAS

DE JOSE MARIA SANTOS

La casa que más modelos tiene para caballero,
y la que más barato vende

Inmenso surtido en fantasías de sombreros y gorras de niños y niñas precios increíbles

15 y 16, Plaza Mayor, 15 y 16

EL FENIX AGRICOLA

COMPANIA ANONIMA DE SEGUROS
Autorizada por R. O. de 8 de Julio de 1909.

Seguro de Ganados. VIDA y ROBO. Seguro de transportes de ganados y mercancías en general, por ferrocarril, á todo riesgo.

DIRECCION:

Los Madrazo, 34.-MADRID

Con 30 por 100 más barato
que los que se llaman almacenistas y
fabricantes de joyería y relojería es
la Casa

LÓPEZ HERMANOS

Compran oro, plata y platino

Montera, 13 Ventas al detall 13, Montera.
13, Montera MADRID Montera, 13

CURA INFALIBLE DEL ESTOMAGO

CON

las Pastillas JEBA

Venta en todas las

farmacias y droguerías

Depósito:

Caballero de Gracia, 10 y 12

Doctor Alcobilla (S. en C.)

LA CENTRAL ANUNCIADORA

30, Fuencarral, 30. — Madrid

ABIERTA HASTA LAS ONCE DE LA NOCHE

ANTINERVIOSO HOWARD

O TONICIDAD DEL SISTEMA NERVIOSO

Preparado en píldoras compuestas de fosforo de cine y extracto de nuez vómica, á más de otros tónicos y sedantes aconsejados por la ciencia de curar, hace desaparecer toda alteración del sistema nervioso y no hay NEURASTENIA que se resista.

Es medicamento universalmente conocido, y se toma sin molestia.

Recházese toda caja que no sea de lata y no lleve el nombre de sus depositarios, PEREZ MARTIN Y COMPANIA.

Venta en farmacias y droguerías, á 4 pesetas caja.

PASTILLAS CRESPO

DE MENTOL Y COCAINA

El éxito de estas pastillas se deba á su bondad, reconocida en dieciocho años. Las afecciones catarrales de la faringe, laringe y amígdalas desaparecen con su uso por estar dosificadas con la mayor exactitud.

Desafectan las mucosas y ejercen sobre las cuerdas vocales una acción especial que aclara la voz y aumenta su intensidad.

Todo fumador debe estar provisto de este medicamento, tan agradable al paladar, y se verá libre de molestias en la garganta.

Venta en farmacias y droguerías, á 1,50 pesetas caja.

ACEITE DE BELLOTAS

CON SAVIA DE COCO

No se conoce nada mejor para evitar la caída del pelo y limpiar la cabeza.

Es conocido en todo el mundo. Tiene un aroma exquisito.

Venta en todas partes, á 1,50 pesetas frasco.

Depositarlos por mayor de estos preparadores: PEREZ, MARTIN Y COMPANIA, Alcalá, 9, Madrid.

AUTOMOVILES MARCA "COLIBRI,"

Son los más prácticos
los más resistentes
los más baratos
los más á propósito
para nuestras carreteras

Exposición: calle del Arenal, 12

Catálogos y noticias, Sr. Tró, Almirante, 19

Se admiten esquelas de defunción y aniversario

El último número de

EL PROGRESO Edición ilustrada SEMANAL DE BARCELONA

Es un número notable.—20 páginas

Republicanos: Comprad EL PROGRESO-10 cts. ejemplar

De venta en Madrid en el Círculo Radical, Príncipe, 12, y en los principales puestos de periódicos.

Sidra natural

DE

ASTURIAS

Echegaray, 29

¡CUIDADO!

Vajillas, flores y oro 28 pts

CARLOS VELILLA

13, Concepción Jerónima, 13

P. ovineja, pedir catálogo.

Company, lot. Fuencarral 29

EL PROCESO FERRER

Resumen del mismo con todas las actuaciones hechas desde la detención hasta el fusilamiento. — Se remite pidiéndolo, con el importe de 0,50 pesetas ejemplar, á F. Hernández Mir, ROMA, 73, pral. MADRID

ANUNCIOS especiales

de EL RADICAL

Para las en-

fermedades del

aparato de las

vias respiratorias.

El elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

el elixir de

Legalmente constituida

QUINCE AÑOS

de

EXISTENCIA

Jóvenes sin carrera

Estudios por correo, sin salir de casa, para obtener en seis meses el título de Tenedor de Libros. Pida detalles: clases para los de Madrid, de día y de noche. Se admiten internos. Se colocan alumnos. MONTERA, 43.

LA GRAN BRETANA

Camas y muebles

Ventas á plazos y al contado

Plaza del Príncipe Alfonso, 1

Fuencarral, 103

Atocha, 111

No más purgas

Con los supositorios VICTORIA

á la glicerina solidificada

se destierra el estreñimiento.

Caja, 1,50 pts.

VICTORIA, NUM. 8, MADRID

Santalino Gayoso

CAPSULAS DE SANDALO Y SALOL ALICATORADO

Para la curación de la BLENNORRAGIA, CIS-

TITIS, CATARROS DE LA VESIGIA y todos los

flujos de los órganos genitales sin necesidad de

inyecciones.

Esta nueva fórmula realiza la triple indicación

balsámica de la esencia de sandalo, antiséptica

del salol y sedante del alcañor; son de acción mu-

cho más rápida y segura que todas las usadas de

SANDALO, COPAIBA, CUBEBA, etc., y tienen

sobre las de sandalo sólo la ventaja de no produ-

cir la menor congestión sobre los riñones. Se ven-

den á 4 pesetas frasco (4,50 por correo) en las

principales farmacias de España y América. F. GA-

YOSO, Arenal, 2, Madrid, y Pérez Aguirre, Carre-

as, 22, Barcelona, Rambla de las Flores, 4.

Colocaciones

se pueden obtener fácilmente en América, escri-

biendo sin sello de respuesta al Director del Insti-

tuto Comercial

Broadway, 573. New York. U. E. A.

AUGUSTO OBREGON

JOSE S. CABALLERO

DELINTEANTES

Jacometrezo, 57

Se encargan de toda clase de trabajos.



EL RADICAL

DIARIO REPUBLICANO



Administración:

Príncipe, 12, segundo izquierda

Gerente:

ALEJANDRO LERROUX

Apartado de Correos, núm. 282

Teléfono 1390

SUSCRIPCIONES

	Mes.	Trimes- tre.	Semes- tre.	Año.
Madrid	1,50	4,50	9,00	18,00
Provincias	>	6,00	10,00	20,00
Portugal	>	7,00	14,00	25,00
Gibraltar	>	7,00	14,00	25,00
EXTRANJERO				
Unión Postal	>	10,00	20,00	40,00
Países no comprendidos en la misma ...	>	15,00	30,00	60,00

PAGO ADELANTADO

Número suelto, 5 céntimos; 25 ejemplares, 75 céntimos.

TARIFA DE ANUNCIOS

Línea del cuerpo siete, en cuarta plana: 40 céntimos de peseta.

Reclamos de tercera plana: 1 peseta línea del cuerpo ocho.

Noticias: 2 pesetas línea en tercera plana.

Artículo industrial: 3 pesetas línea.

Remitidos, comunicados, informaciones y esquelas fúnebres, á precios convencionales.

Cada anuncio abonará 10 céntimos de peseta de impuesto por inserción. (Ley de 14 de Octubre de 1896.)